

## Yo, Komosushi

Mi llegada al aeropuerto de Málaga no puede llamarse, por así decirlo, glamurosa. Allí donde otros llegan con sus mejores galas, y también otros con sus peores mallas, “atterricé” en una estantería de unas de esas tiendas que la gente mira de arriba abajo cuando están aburridos. Buscan y rebuscan un precio bajo, pero ¡qué difícil es! ¡cuántas veces me volvieron a soltar en la estantería!

Sin embargo, allí estaban ellos. Recién casados, con una ilusión desbordante por empezar su viaje a Japón, pero les faltaba alguien... ¡Yo!

- ¡Síííí! ¡Es perfecto!
- Se viene con nosotros



Esta fue la primera vez que escuché la voz de Abril y Pablo. Pensé que una vez más volvería a una bolsa de plástico, es lo que les había pasado a Takoyaki y a Haruto, pero no fue lo que me sucedió a mí. Tengo que admitir, aun siendo samurai, que me asusté, y mucho. Este dragón alado hacía mucho ruido y no parecía tener un asiento adecuado a mi tamaño, así que me agarré muy fuerte al asiento de este gigante.

Poco después supe que iba a cumplir mi sueño, volver a casa. Abril me cogió en brazos y de repente sentí calma. Sabía que probablemente no fuera a quedarme en Japón para siempre, pero era una gran oportunidad para decir sayonara y disfrutar cada uno de los paisajes de mi querida tierra. Esto no me entristecía, después me esperaba una nueva vida llena de aventuras. Lo mejor es que esta nueva vida empezaba desde ya, y con una compañía que nunca imaginé.

Atisbé los cielos rojos, nunca pensé que el sol no naciente tuviera este color. Quedé fascinado, no podía separarme de la ventana. El dragón alado avanzaba sobre el mar, y se iba haciendo de noche. Vi que todos en el avión comían unas bandejas que no parecían nada succulentas. Por suerte, yo nunca tengo hambre. Poco a poco las luces se fueron apagando y yo me acurruqué en mi nueva familia, ¡qué a gusto estaba!

Cuando llegamos a Osaka reconocí mi lengua. Entendía a todo el mundo, y hasta los carteles sabía leerlos. Era muy tarde al parecer, así que, al llegar, Pablo y Abril entraron en el primer restaurante que encontraron abierto junto al hotel y se dieron un festín de sushi. Por lo visto, ahora en España es muy popular. Lo que no saben muchos españoles es que el mejor atún que nos comemos en Japón, el atún toro, viene de Tarifa. Así se lo hizo saber el camarero. Esto pareció encantarle a mi nueva familia, ya que un día tras otro lo que más hicieron fue pedir sushi.

Nunca había estado en Osaka, me pareció una ciudad fascinante. Había muchas luces, muchos colores, música por todas partes. También unas máquinas que hacían ruido y contenían muchos, muchos peluches de lo que llamaban *el gato cósmico*. Bien es sabido que mis compatriotas son muy amables, así que después de que Abril intentase coger un gato cósmico y no lo consiguiera, un operario del lugar lo colocó justo al borde de la máquina para que Abril solo tuviera que empujarlo. ¡Qué feliz fue al conseguir el gato!

También en esta calle nos encontramos con sitios en los que las personas jugaban a unas pantallas que se movían. Ellos eran muy hábiles: bailaban, tocaban la pantalla rápido con unos guantes, daban a unos botones sin parar una y otra vez y parecían felices cuando ganaban el juego. También me apenó entrar a un lugar que era muy, muy ruidoso. Lo llamaban Pachinko, y los jugadores cambiaban dinero por unas bolitas que caían en distintos hoyos. Dependiendo dónde cayesen, ganaban o perdían, pero aquí vi a mucha gente triste. Parecían pegados a la máquina de Pachinko sin posibilidad de salir, y se miraban sus bolsillos y cada vez tenían menos monedas. Se las jugaban esperando conseguir más monedas, pero muchos de ellos se fueron cabizbajos y sin un yen.

Osaka no era solo modernidad, también encontré allí los lugares donde me encuentro como pez en el agua. Por la mañana fuimos al castillo de Osaka. Es un edificio impresionante en el que me hubiera encantado vivir. Los jardines son de ensueño, y el castillo... ¡Qué decir! Ojalá Abril y Pablo me lleven a más castillos. Los Shogun que allí vivieron parecían seguir paseando por sus pasillos. El edificio se iba haciendo más alto queriendo intentar tocar el cielo, allí vivieron grandes almas.



Pasamos un par de días intensos por Osaka, y después nos trasladamos a Kioto, ciudad grande pero muy tradicional. Kioto fue uno de mis lugares favoritos. Pablo y Abril decidieron alquilar una bicicleta, y juntos viajamos los tres a través de la ciudad hasta llegar al bosque de bambú. ¿Cómo las plantas pueden querer ser tan altas y conseguirlo? Este bosque era impresionante, el paraíso de cualquier oso panda. ¿Sabéis además qué nos pasó? Aparcamos las bicicletas en el lugar designado, e íbamos tan contentos por ver el bosque de bambú que Abril olvidó coger una bolsa con unos recuerdos que había comprado para su familia en España. No se acordaron hasta que... llegaron a la bicicleta y vieron que nadie se había llevado la bolsa de la cesta. Ellos se sorprendieron mucho y alabaron a los japoneses. Yo sé que nosotros somos personas honestas y nunca nos llevaríamos aquello que no es nuestro. ¡Espero que en España también sea así!

La noche de Kioto fue mágica. Por sus calles tranquilas y en penumbra pudimos ver a Geishas que se trasladaban de un lugar a otro. Me alegré ver que la gente las dejaba tranquilas. Ellas solo quieren paz y no a aquellos que se cruzan en su camino y les incomodan. También pudimos pasear entre lugares que nos fascinaban: pequeños estanques en parques retirados, restaurantes con pocas personas que disfrutaban de la mejor comida, el olor de las calles de Kioto, la paz... Volveremos a Kioto seguro, lo vi en los ojos de Pablo.

Llegó el momento de viajar a lo más profundo de Japón. Primero visitamos Nara, la ciudad de los ciervos educados. No sé si habéis oído hablar de ellos, pero nosotros somos muy respetuosos, hasta los animales lo son. En Nara, cuando te acercas a un ciervo a darle sus galletas especiales, primero ellos te hacen la reverencia con la cabeza, y entonces es cuando se les da su galleta. ¡Qué criaturas tan magníficas y pacíficas! Creo que en España los ciervos son mucho más escurridizos.

Quiero enseñaros también el lugar de los onsen, los baños tradicionales japoneses que están muy, muy calientes. A mí no me dejaron entrar, porque a los baños hay que ir sin ropa, ¡ninguna!, y yo siempre llevo mi traje de samurai conmigo. Según dijeron Abril y Pablo, los onsen son un remanso de paz. De hecho, ellos se durmieron al instante al llegar a la habitación, no sin antes hacer su postura de la grulla con la tradicional yukata japonesa que les prestó el hotel y tras comer una opulenta cena japonesa que les encantó. ¡Miradme qué bien poso justo entre ellos dos!



Pasaron dos días y nos fuimos hacia Shirakagawa, villa en la que no entran esos aparatos de cuatro ruedas que echan humo negro y hacen ruido. Este pueblecito es el cielo. Las calles tienen pequeñas acequias por las que cae el agua sin parar, siempre escuchado ese ruido mágico que solo el agua sabe hacer. También sus casas tienen techos de paja, los renuevan de cuando en cuando, pero siguen en esencia siendo aquellas casas milenarias que guardan una historia tras otra.

Abril y Pablo decían que no querían volver a España, que Japón les encantaba, y hasta llegué a pensar que iban a comprarse la casa de un tal Nobita. Andaban un poco tristes porque ya se encaminaban hacia el último destino en Japón: Tokio. Ellos habían oído hablar muchas veces de esta ciudad, pero todo lo que les habían contado les pareció poco. Edificios que realmente rascaban el cielo, comida de la que ellos adoran por todas partes, castillos imponentes, parques llenos de banderolas y ofrendas pidiendo por sus más allegados; todo lo que les contaron de Tokio les pareció poco. También les pareció poco el tiempo que estuvieron allí, así que cuando tuvieron que decir adiós, me pusieron en el hombro de Pablo y dijeron:

- no te preocupes, Komosushi. Esta no será la única vez que vuelvas a Japón. Volveremos una y otra vez.

Gracias, destino, por darme a Pablo y Abril como mi nueva familia. Gracias, destino, por hacerles amar Japón tanto como lo amo yo. Más pronto que tarde, volveremos los tres.

